

Espadas, cruces y “artes”.

La política del lenguaje en la época colonial en el norte de México

José Luis Moctezuma Zamarrón*

Las incursiones militares hacia el norte del actual territorio de México no tuvieron el mismo efecto que lo sucedido en el centro y el sur, donde los señoríos permitieron cierto control sobre grandes poblaciones. Las inmensas extensiones territoriales, lo agreste del medio y la dispersión poblacional, además de una falta de jerarquías locales, determinaron un proceso de expansión distinto al de la llamada región mesoamericana. Las epidemias, la esclavitud y el genocidio en respuesta a la resistencia armada mermaron en forma sensible las de por sí pequeñas poblaciones, en comparación a las ubicadas al centro y sur de la Nueva España. Los grupos nómadas del noreste desaparecieron casi sin dejar rastro en cuanto a su cultura y filiación lingüística. Apenas se cuenta con un breve manual para administrar algunas normas católicas a varios pequeños grupos de habla coahuilteca, escrito por el padre Bartholomé García (1760). Algo similar sucedió con los grupos del centro-norte, aun los más numerosos, como los conchos, tobosos, laguneros, zacatecos y guachichiles. El conocimiento que de ellos se tiene es por referencia en documentos coloniales redactados por autoridades civiles, militares y eclesiásticas, ya que fueron eliminados de la faz de la Tierra en épocas muy tempranas de la Colonia, lo que impidió contar con materiales sobre la lengua, en particular con las valiosas gramáticas de la época colonial, llamadas “artes” por los misioneros que las escribieron.

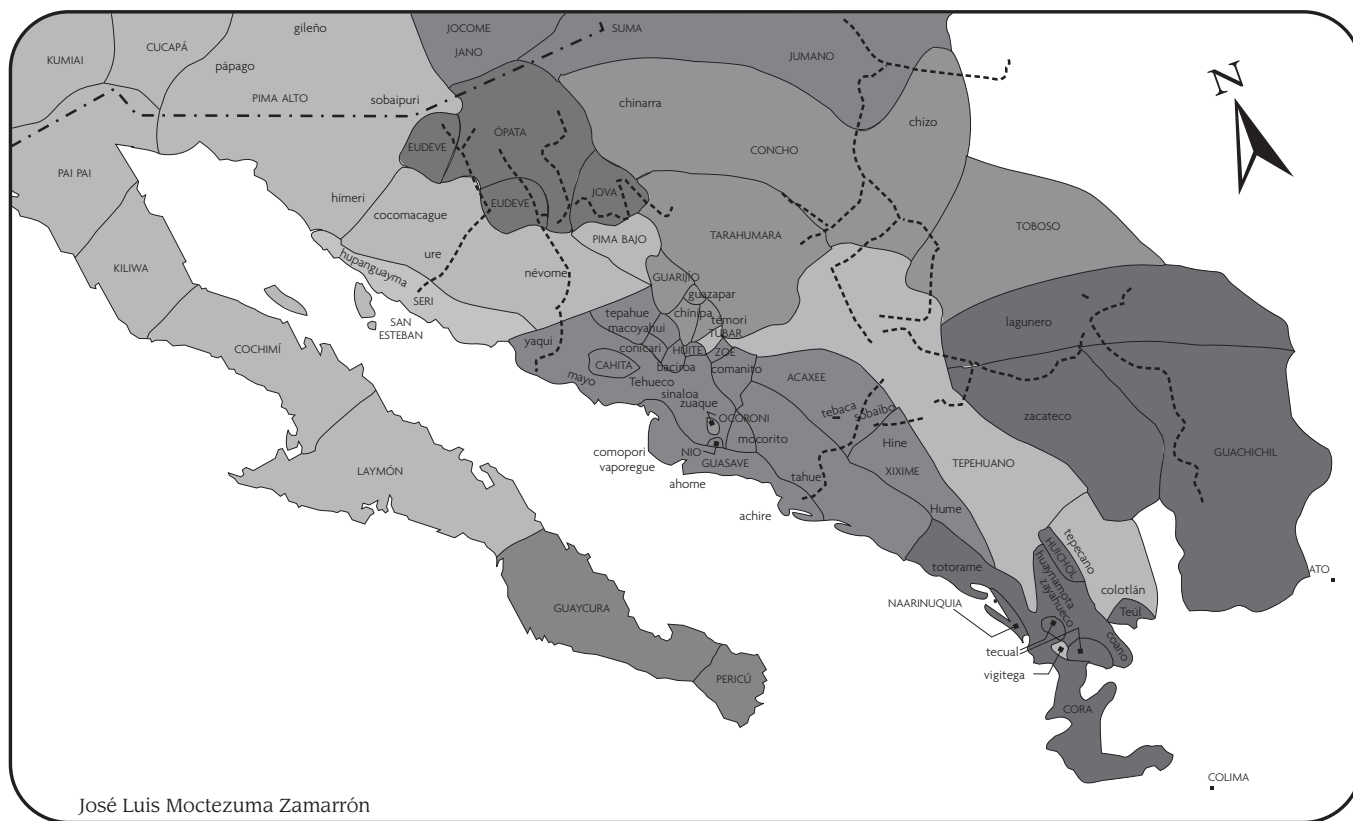
Caso singular lo vivieron varios grupos del noroeste. Algunos desaparecieron apenas dejando constancia de su presencia en ciertas regiones, pero sin conocer siquiera su filiación lingüística, como los pequeños grupos de zoes o nios que habitaban en el que hoy es el norte del estado de Sinaloa. Otros, mayores numéricamente, se resistieron de tal manera que fueron exterminados. Entre ellos destaca el caso de los xiximes, localizados en la sierra ubicada en los actuales estados de Durango y Sinaloa. De hecho, se sabe de la elaboración del “arte de la lengua xixime”, pero por desgracia no se ha tenido la oportunidad de localizar un ejemplar que permita saber sus características lingüísticas, para conocer con cierta exactitud su estructura y clasificarla, ya que hasta donde se tiene referencia por las crónicas, era una lengua diferente a las pertenecientes a la familia yutoazteca, dominante en toda esa zona.

Familias lingüísticas del noroeste

En la actualidad sabemos de tres familias lingüísticas localizadas en el noroeste de la Nueva España. La familia yumana (formada en la actualidad por el cucapá, el kiliwa, el paipái y el

* Centro INAH Sonora.

Lenguas indígenas del noroeste de México en el siglo XVI



José Luis Moctezuma Zamarrón

kumiai), cuyas lenguas se localizan en el norte de Baja California, reducidas en territorio y número de lenguas e individuos, pero antaño localizadas en toda la península, además de tener lazos con otras lenguas de esta familia en los estados de Arizona y California, de Estados Unidos de América. De hecho se menciona al cochimí como una lengua actual, pero en realidad es una variante del kumiai, debido a que la lengua del mismo nombre dejó de hablarse durante el periodo colonial (León Portilla, 1985), junto con el guaycura y el pericú, del que da noticias León Portilla (1976). De una población estimada en 40 mil hablantes de varias lenguas a la llegada del padre Salvatierra a Baja California, en 1697, se redujo a unos 7 mil, al tiempo de la expulsión de los jesuitas, en 1767 (León Portilla, 2003: 66, 70). Por su tamaño y dispersión, además de lo tardío de la entrada de los misioneros a sus espacios vitales, no fueron objeto de una descripción lingüística, como ocurrió de forma previa con otras lenguas de las provincias de Nueva Vizcaya y Nueva Galicia, debido a que para esas fechas la política del lenguaje impuesta por el imperio español no abogaba por la enseñanza de la doctrina en el idioma nativo y por tal motivo no era necesario contar con una descripción lingüística de las lenguas que permitiera, a su vez, la conformación de catecismos, “artes”

y vocabularios que apoyaran a los misioneros en su trabajo evangélico, aunque dentro de la orden misional se buscara documentar las lenguas a favor de los nuevos predicadores, lo cual se muestra de forma negativa por quienes tuvieron oportunidad de aprender la lengua nativa y no la escribieron, de acuerdo con lo señalado en una carta transcrita por Mathes (2003: 74):

Algunos padres que, sabiendo bien la lengua o lenguas de su partido y estando diestros en ellas, por no aplicarse a escribir lo que saven del arte o del catechismo, confesonario, vocabulario y otros papeles que importan a esta materia, sucede que, cuando salen de dicho partido, no se hallan papeles desto por la omisión que tuvieron de apuntar o de escribir con que el que entre de nuevo se ve obligado a aprenderla con doble trabajo.

La segunda familia lingüística corresponde a la seriana, con una sola lengua, el seri, localizada en la costa sonorense central. Esta lengua aislada pudo tener parentesco con otras lenguas no clasificadas, pero señaladas como muy diferentes a las yutoaztecas, como el desaparecido guasave

y sus variantes, achire, ahome, comopori y vacoregue (Zubillaga, 1974: 146). El seri fue objeto de un “arte”, escrito por el misionero jesuita Adamo Gilg, pero tampoco se ha localizado algún ejemplar. Organizados en bandas durante la Colonia y parte del México independiente, existían varios dialectos, entre ellos el guayma y el upanguayma, de los que en la actualidad se expresan ciertas diferencias a partir de las reminiscencias de dichas variantes. Hasta hace pocos años, al seri se le emparentó con las lenguas yumanas y hasta con el chontal de Oaxaca o tequistlateco, pero el estudio de Marlett (2007) ha dejado en claro que es una lengua totalmente aislada.

Por su parte, se sabe de la elaboración del *Arte de la lengua guazave* (también escrita guaçare o guasave), por parte del jesuita Hernando Villafañe hacia finales del siglo XVI o principios del XVII, pero desafortunadamente no tenemos conocimiento de la existencia de alguna copia. Esto último permitiría despejar la duda sobre si era un idioma aislado,



una lengua yutoazteca, como algunos lo señalan, o una lengua seriana, apreciación que compartimos con Wick R. Miller, sobre todo si observamos que sólo se producían “artes” para lenguas generales y ya se había elaborado una para la variante llamada tehueco hacia finales del siglo XVI, pero publicada por primera vez en 1737, conocida como *El arte de la lengua cahita* y atribuida por el editor Eustaquio Buelna (1890) a Juan Bautista Velasco, aunque en realidad tiene más sentido suponer que el autor fue el padre Tomás Basilio. Por lo tanto, ni el mayo ni el yaqui, emparentadas de manera cercana con ésta, tuvieron su propia arte –si bien en ella se hace referencia a la similitud entre el tehueco y estas variantes, incluso con la indicación de las diferencias en algunos apartados del documento, ni siquiera por tener un número muy superior de hablantes y un pres-

tigio mayor que les permitió sobrevivir hasta nuestros días, mientras que el tehueco dejó de usarse a favor del mayo pocas décadas después de la incursión de los españoles en el norte de Sinaloa. Más todavía, los hablantes de guasave habitaban un espacio físico similar al de los seris, con un estilo de vida y obtención de recursos naturales también muy parecidos, aunque no muy distantes del territorio de los tehuecos. Esto refuerza la hipótesis de que es una lengua no cahita y, por los comentarios de algunos autores de esa etapa, muy diferente de las yutoaztecas, como lo muestra el propio subtítulo: *Idioma tan raro y desconocido* (Moctezuma, 2007).

Sin duda, la familia más extendida en todo el noroeste de la Nueva España fue la yutoazteca, aunque con una diversidad interna muy significativa. Tal diferencia fue motivo de la producción de varias “artes”, incluyendo el tepehuano, tarahumara, ópata, eudeve, acaxee y la mencionada cahita. La familia se localizaba y aún lo sigue haciendo desde el estado de Utah, donde habitan los utes, hasta El Salvador, lugar de asentamiento de los pipiles, una variante del náhuatl, pero su mayor diversidad se encontraba en la región que incluye los actuales estados de Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango, Nayarit, Zacatecas y Jalisco. Fue allí donde los misioneros jesuitas tuvieron mayor presencia y pusieron en práctica sus conocimientos gramaticales para describir las llamadas lenguas generales, a fin de resolver, hasta donde les fue posible, las grandes diferencias entre el latín y el castellano como lenguas matrices para su trabajo respecto a las lenguas de la subfamilia yutoazteca, además de las ya mencionadas, que correspondían a otros troncos lingüísticos.

El dominio de la familia yutoazteca no sólo fue en número de lenguas, sino también en cantidad de hablantes. El ópata registra la mayor cantidad, con alrededor de 70 mil durante los primeros contactos. Lo siguieron el yaqui y el mayo, con cerca de 60 mil individuos para esa época (Reff, 1991). A éstos hay que añadir grandes poblaciones de tarahumaras, pimas y tepehuanos, para ese tiempo todavía sin evidenciar las diferencias significativas que conocemos en la actualidad, como las lenguas tepehuana del sur y del norte, también conocidos como tepehuano de Durango y de Chihuahua. Al mismo tiempo existían algunas diferencias internas que se reconocían más por medio de un territorio propio, un posible sistema de linajes y una diferenciación lingüística, en algunos casos sólo en términos de variante dialectal e incluso no muy diversas entre sí, como ocurre con varias lenguas cahitas –yaqui,

mayo, tehueco, sinaloa, zuaque, macoyahui y baciroa—. Esto dio como resultado que, en concordancia con las políticas lingüísticas coloniales, algunas de estas variantes fueran perdiendo su reconocimiento y se asimilaran a la lengua mayo, en la actualidad con algunos rasgos dialectales evidentes en zonas donde antes se hablaba macoyahui y baciroa, para la sierra sur de Sonora o en Sinaloa, donde se localizaban el tehueco, sinaloa y zuaque (Moctezuma y López, 1990). Incluso, según los etnónimos para yaquis, mayos de Sonora y de Sinaloa, se autonombran yoemem, yoremem y yolemem, respectivamente, para indicar sus pequeñas diferencias dialectales, que para el caso de yaquis y mayos se han reconocido como lenguas históricas, a pesar de la gran similitud estructural, pero con procesos sociolingüísticos tan diversos que han terminado por establecerse como dos variantes lingüísticas específicas (Moctezuma y López, 1991).

Otras variantes de cahita fueron tan diferentes con este primer grupo que deben ser reconocidas como un subgrupo, entre ellas las más sureñas, propias de habitantes de la región más meridional, en el sur de Sinaloa, como fueron el tahue y el acaxee. Tal diversidad dio como resultado la creación de un arte de la lengua acaxee, así como las notas y apuntes sobre acaxee o topia, escritos por Hernando Santorem, quien murió en 1616, por lo que su obra fue elaborada a finales del siglo XVI o principios del XVII. Sin embargo, algunas crónicas expresan que entre el tahue, de más al sur, y el yaqui, de más al norte, existía una cadena de dialectos que los emparentaba en forma directa, aunque entre los primeros fuera más difícil la comunicación; de allí el hecho de contar con dos “artes” de lenguas cahitas, aunque muy diversas entre sí.

Dada la diversidad lingüística en la región y el relativo fracaso para alcanzar un dominio absoluto en el aspecto militar y controlar a la gran cantidad de grupos indígenas, en muchos de los casos sofocada toda resistencia mediante el genocidio, la región tepehuana, la sierra Tarahumara y el territorio sonoreense fueron objeto de un trato diferencial respecto a los grupos sinaloenses y de ciertas partes de Zacatecas, Durango, Chihuahua y Coahuila donde el poder militar se hizo presente. En las tres se emprendió un sistema misional donde los curas, sobre todo ignacianos, se dieron a la tarea de convertir al catolicismo a grandes poblaciones, al tiempo que implementaban cambios en los sistemas productivos y en la organización civil dentro de los pueblos de misión, tan efectivos que modificaron el antiguo sistema de rancherías, así como

la estructura social y la organización comunitaria, no sin que los indígenas jugaran un papel activo, al incorporar elementos prehispánicos en todos los ámbitos de la estructura misional.

Las políticas coloniales

Las características del noroeste tuvieron un efecto particular en las políticas coloniales. Los militares ubicaron presidios en ciertas demarcaciones, pero los grandes grupos, así como aquéllos más pequeños ubicados en sus proximidades, requirieron de una nueva estrategia para implementar el modelo español. La realidad impuso la necesidad de buscar la manera de integrar a estas comunidades a la órbita española. La mejor forma de hacerlo fue mediante el modelo misional. La milicia se mantuvo en los presidios, mientras que los misioneros incursionaban en tierra de indios “inhóspitos”, en busca, mediante la evangeliza-



ción, de cambiar el sistema prehispánico, lo cual incluía la necesidad de adaptarse a las situaciones marcadamente diferentes respecto a otras latitudes. Al contar con un número reducido de clérigos y traductores, las políticas del lenguaje tuvieron como principio la búsqueda para introducir el Evangelio entre diversos grupos indígenas en los que el náhuatl no era la lengua franca en esos primeros momentos. Por lo tanto, en el Tercer Concilio Provincial Mexicano, realizado en 1585 e influido por la orden jesuita, se llegó a tres acuerdos: “Que los misioneros que impartieran el Evangelio debían conocer las lenguas indias del lugar; la reducción de los idiomas indígenas al más general de cada provincia, apoyando con esta medida la difusión de algunas lenguas indígenas y fortaleciendo el papel de los intérpretes; y por último, declaró que debían estable-

cerse escuelas para que los niños indígenas aprendieran la lengua castellana" (Cifuentes, 1998: 109).

Para lograr su cometido, los jesuitas trataron de aprender la lengua de los naturales del lugar, pero esto no siempre fue posible. Se dieron muchos casos que contravinieron el primer acuerdo del concilio, ya fuera por los cambios de residencia, por el conflicto con las comunidades o por la incapacidad de algunos ignacianos para aprender lenguas totalmente diferentes a los idiomas indoeuropeos. A quienes lograron ilustrarse en el uso de una lengua indígena los llamaban "jesuita lengua". Al mismo tiempo hubo varios casos de misioneros capacitados para realizar la obra de convertir las lenguas orales en "artes"; gramáticas basadas en los principios de las lenguas europeas (Medina, 2003, y Molina, 2004). A esto hay que añadir vocabularios, confesionarios, catecismos y notas sobre diversas lenguas de la zona. En más de una ocasión circularon obras entre los jesuitas y hubo incluso



la edición de "artes" elaboradas por algún padre y otros materiales lingüísticos escritos por otros misioneros, pero incluidos en un mismo texto.

A las referidas "artes" de la lengua cahita, acaxee, guasave, xixime y seri hay que añadir las escritas para la *Lengua tegüima*, vulgarmente llamada ópata, por el padre Natal Lombardo y publicada por primera vez en 1702 y revisada por Ignacio Guzmán Betancourt (2009); *El arte y vocabulario para la dohema, heve o eudeva*, anónimo del siglo xvii editado por Campbell Pennington (1981); *El arte de la lengua tarahumara*, de Tomás de Guadalaxara (1683); *El arte de la lengua tepeguana, con vocabulario, confesionario y catecismo*, de Benito Rinaldini, publicada en 1743. Además están el vocabulario de cora de José de Ortega (1732); un arte y vocabulario del mismo autor (1729) y un

confesionario en la misma lengua (1732). Éstos y otros materiales producidos en esa época permiten acercarnos a las características gramaticales y léxicas de algunas lenguas yutoaztecas, entre ellas dos desaparecidas: el ópata y el eudeve, que aun con una cantidad muy importante de hablantes sucumbieron debido a diversos factores de integración de sus miembros a la sociedad regional, aunque hasta hace poco tiempo se incluyó al ópata en los censos oficiales de 1990, con 12 hablantes, y de 2000, con cuatro hablantes, lo cual fue un error debido a que se confundió a esta lengua con una variante del pima. Sin embargo, estas obras han sido de gran valía para los estudios comparativos de lenguas yutoaztecas.

Las "artes" representaron a las llamadas lenguas más generales del noroeste. La política del lenguaje llevó a los grupos más pequeños a incorporarse a las poblaciones más numerosas. Los grupos cahitas del norte de Sinaloa y los miembros de otras lenguas, incluso no yutoaztecas, fueron perdiendo sus particularidades a favor del mayo, hablado originalmente en el territorio de las vegas del río Mayo, en el sur del actual estado de Sonora. De hecho, el mayo fue el único grupo indígena que vio expandir su territorio, hacia el sur y la sierra, mientras que la mayoría perdía sus espacios naturales y dejaba sus huellas en las variantes actuales (Moctezuma y López, 1993). Algo similar ocurrió con los témoris, guazapares y chinipas, todos ellos emparentados con los tarahumaras y guarijíos. Con el tiempo dejaron de mantener las peculiaridades que los señalaban como diferentes, para perderse entre los autonombrados rarámuris y guarijíos. En estos casos la resistencia armada funcionó como un detonador para la eliminación de estos grupos, entre los que los guarijíos tuvieron la capacidad y la fortuna de mantenerse diferenciados a pesar de las presiones externas y las incursiones militares que, en ocasiones, los desplazaron de su territorio tradicional.

Después de los primeros intentos de evangelizar a los grupos indígenas del noroeste en sus propias lenguas, la política lingüística cambió para dar una mayor importancia al uso del náhuatl como lengua franca en ciertas localidades, aunque en las misiones conservaron el uso de las lenguas nativas junto con un mayor incremento del uso del español por ciertos sectores de la población, sobre todo las autoridades civiles y las eclesiásticas. En este proceso hubo algo parecido a oleadas de préstamos del español y el náhuatl a las lenguas indígenas, aunque también sucedió en menor medida en sentido inverso, lo cual dejó algunos préstamos a los dialectos en diversas regiones del noroeste

Lenguas indígenas en el noroeste de México en el siglo XVI

FAMILIA	RAMA	GRUPO	SUBGRUPO	TIPO	LENGUA	DIALECTO	SUBDIALECTO							
YUTO-AZTECA (UTO-AZTECA o UTO-NAHUA)	SONORENSE	TEPIMANO			PIMA ALTO	Gileño								
						Pápago								
						Sobaipuri (+)								
						Himeri (+)								
					PIMA BAJO	Cocomacague (+)								
						Ure (+)								
						Névome (+)								
						Tepecano (+)								
					TEPEHUANO	Colotlán (+)								
						Vigitega (+)								
					TARACAHTA	OPATANO					ÓPATA (+)			
		EUDEVE (+)												
		JOVA (+) ?												
		TARAHUMARA												
		TARAHUMARANO											GUARJIJO	Chinipa (+)
														Guazapar (+)
						Témori (+)								
						Yaqui								
						Mayo								
						Tehueco (+)								
		CAHITA							Sinaloa (+)					
									Zuaque (+)					
					Tepahue (+)									
					Conicari (+)									
					Baciroa (+)									
					Macoyahui (+)									
		NO CLASIFICADAS						Comanito (+)						
								Mocorito (+)						
								Tahue (+)						
								Acaxee (+)						
								Tebaca (+)						
								Sobaibo (+)						
		CORACHOL						CORA	Coano (+)					
									Huaynamota (+)					
									Zayahueco (+)					
									Totorame o pinome (+)					
								HUICHOL	Tecual (+)					
									Guachichil (+)					
									Zacateco (+)					
									Lagunero o irritila (+)					
								NO CLASIFICADAS						Teúl (+)
														NAARINUQUIA O THEMÚRETE (+)
														OCORONI (+)
														CONCHO (+)
YUMANA-COCHIMÍ	DELTA-CALIFORNIA					Chinarra (+)								
						TOBOSO (+)								
						COCHIMÍ (+)								
						LAYMÓN (+)								
						DIEGUEÑO O KUMIAI (+)								
						CUCAPÁ (+)								
SERIANA						Chizo (+)								
						PAI								
NO CLASIFICADAS						San Esteban (+)								
						UPANGUAYMA (+)								
						HUITE (+)								
						ZOE (+)								
						NIO (+)								
						XIXIME (+)	Hine (+)							
							Hume (+)							
						SUMA-JUMANO (+)								
						JANO (+)								
						JOCOME (+)								
						GUASAVE (+)	Ahome (+)							
							Comopori (+)							

de México, incluyendo una cantidad importante de topónimos, muchos de los cuales han trascendido hasta tiempos recientes. Hubo tal presencia del náhuatl en áreas donde originalmente se hablaron otras lenguas emparentadas con el cora, huichol y las llamadas cahitas, que algunos autores consideraron su dominio original hasta zonas más remotas del occidente y norte de la Nueva España, si bien Guzmán (2007) deja muy en claro su asentamiento en esa región debido a su incorporación a las fuerzas militares españolas y a la conformación de pueblos formados casi en exclusiva por hablantes de esa lengua, que, sin embargo, con el tiempo dejaron esos asentamientos y en varios casos legaron el topónimo del lugar.

Para finales de la Colonia, el proceso de desplazamiento lingüístico de las lenguas indígenas a favor del español ya era un hecho consumado en muchos de los lugares donde antes sólo se hablaba una lengua vernácula. Al mismo tiempo había nichos de vitalidad, con dinámicas de resistencia en diferente nivel de conservación de la lengua nati-



va, mientras que en otros el bilingüismo iba en aumento. El eudeve y el ópata estaban en franco proceso de extinción, en tanto otras lenguas comenzaban a ver reducidos sus territorios, como algunas variantes de las lenguas pimanas, antes hablado en una extensa región de Sonora. Para esas fechas, algunos dialectos habían desaparecido, como el ure, el cocomacague, el sobaipuri y el himeri. El pápago se mantuvo en el desierto de Sonora, mientras los pimas se refugiaban en las partes más agrestes de la sierra centro-sur que divide a Sonora y Chihuahua. Varios dialectos del cora y huichol, además de su lengua hermana, el naarinuquia o thémurete, corrieron la misma suerte al desaparecer durante ese periodo, como el coano, el huaynamota, el zayahueco, el pinome, el tecual y el teul.

Por su movilidad, los yaquis entraron con rapidez en un proceso de bilingüismo de lengua indígena-español, pero con una gran capacidad para conservar el idioma materno pese a que permanecían largas temporadas fuera de su espacio original, al ser la fuerza laboral más reconocida en el noroeste de México, lo mismo en los minerales de Chihuahua y los ranchos ganaderos de varias partes de Sonora que en la extracción de perlas en Baja California. La incorporación de múltiples préstamos del español en nada cambió la estructura gramatical del yaqui, que se convirtió en uno de los emblemas identitarios significativos en la conservación de su identidad étnica.

A su vez, por las características del desarrollo regional, la organización misional y su resistencia armada en compañía de los yaquis, los mayos fueron uno de los grupos con mayor grado de monolingüismo y con ello mantuvieron, durante la Colonia y la formación del Estado mexicano, un constante uso de su lengua materna, situación que no cambió hasta inicios del siglo xx, cuando el germen del bilingüismo comenzó a modificar las ideologías lingüísticas, las cuales han llevado a un proceso acelerado de desplazamiento totalmente evidente en la actualidad.

Otros grupos fueron más conservadores, sobre todo aquellos habitantes de la región serrana, como tarahumaras, guarijios, coras y huicholes. Los tepehuanos se movieron hacia regiones de refugio que les permitieron mantener en uso su lengua materna y cuya consecuencia fue el comienzo de la separación entre lo que ahora conocemos como tepehuano del norte o de Chihuahua y el tepehuano del sur o de Durango.

Un análisis retrospectivo nos permite notar la configuración lingüística del norte de México a la llegada de los europeos a esa extensa región. También es posible darnos cuenta de que fue durante ese periodo cuando se delineó el futuro de las lenguas nativas. La mayoría de ellas desapareció casi sin dejar rastro debido a varios factores, mientras que para algunas otras, como el ópata y el eudeve, las "artes" escritas por los jesuitas nos legaron algunas de sus características estructurales. Pocas superaron tan difícil trance y se adaptaron a las nuevas circunstancias del naciente Estado mexicano, entre ellas el tubar, desaparecido a finales del siglo xix (Lionnet, 1978), en tanto un número significativo llegó hasta el siglo xxi. La historia de todas ellas conforma un rico mosaico de la diversidad lingüística de un territorio poco estudiado en comparación con otras regiones del país y del continente.

Bibliografía

- Buelna, Eustaquio, *Arte de la lengua cahita por un padre de la Compañía de Jesús*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1890.
- Cifuentes, Bárbara, *Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia*, México, Ciesas/INI (Historia de los Pueblos Indígenas de México), 1998.
- García, Bartholomé, *Manual para administrar los santos sacramentos de penitencia, aucharestia y extrema-uncion: dar gracias después de comulgar, y ayudar a bien morir a los indios de las Naciones: Pajalates, Orejones, Pacoas, Pacóas, Tilijayas, Alasapas, Pausanes y muchas otras diferentes, que se hallan en las misiones del rio de San Antonio, y rio Grande, pertenecientes â el colegio de la Santísima Cruz de la Ciudad de Queretaro, como son: Los Pacuâches, Los Mescâles, Pompôpas, Tâcames, Chayopînes, Venados, Pamâques, y toda la juventud de Pihuiques, Borrados, Sanipaos, y Manos de Perro*, México, Imprenta de los Herederos de Doña María de Rivera, 1760.
- Guadalajara, Tomás de, *Compendio del arte de la lengua de los tarahumaras y guazapâres*, Puebla de los Ángeles, impreso por Diego Fernández de León, 1683.
- Guzmán Betancourt, Ignacio, "Dónde y cuándo se habló el náhuatl en Sinaloa", en Ignacio Guzmán y José Luis Moctezuma (coords.), *Estructura, discurso e historia de algunas lenguas yutoaztecas*, INAH (Científica, 512), México, 2007, pp. 127-134.
- Lombardo, Natal, *Arte de la lengua tegüima vulgarmente llamada ópata*, México, Miguel de Ribera, 1702.
- _____, *Arte de la lengua tegüima vulgarmente llamada ópata*, I. Guzmán Betancourt (prefacio, transcripción y notas), México, INAH, 2009.
- León Portilla, Miguel, "Baja California: geografía de la esperanza", en *Artes de México*, núm. 65: "Misiones jesuitas", 2003, pp. 64-71.
- _____, "Ejemplos de la lengua californica cochimí, reunidos por Franz D. Ducrué (1778-1779)", en *Tlalocan*, núm. 10, 1985, pp. 363-374.
- _____, "Sobre la lengua pericú de la Baja California", en *Anales de Antropología*, vol. XII, 1976, pp. 87-101.
- Lionnet, Andrés, *El idioma tubar y los tubares, según documentos inéditos de C. S. Lumholtz y C. V. Hartman*, México, Universidad Iberoamericana, 1978.
- Marlett, Stephen, "Las relaciones entre las lenguas hokanas: ¿cuál es la evidencia?", en Cristina Buenrostro et al., *Memorias del III Coloquio de Lingüística Mauricio Swadesh*, México, UNAM/Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2007, pp. 165-192.
- Mathes, Miguel, "Cartas de jesuitas de las Californias 1697-1767", en *Artes de México*, núm. 65: "Misiones jesuitas", 2003, pp. 74-80.
- Medina Medina, Karina, "Documentación gramatical en cinco Artes o gramáticas coloniales del noroeste de México", tesis de licenciatura, Hermosillo, Universidad de Sonora, 2003.
- Moctezuma Zamarrón, José Luis, "Diversidad lingüística y cultural en el noroeste de México durante la colonia. El caso de las llamadas lenguas cahitas", en Ignacio Guzmán y José Luis Moctezuma (coords.), *Estructura, discurso e historia de algunas lenguas yutoaztecas*, México, INAH (Científica, 512), 2007, pp. 115-125.
- Moctezuma, José Luis y Gerardo López, "Correlatos culturales en la dinámica dialectal del yaqui y el mayo", en *Memoria del XVI Simposio de Historia y Antropología de Sonora*, Hermosillo, Universidad de Sonora, 1993, vol. 2, pp. 269-281.
- _____, "Variación dialectal yaqui-mayo", en *Noroeste de México*, núm. 9, 1990, pp. 94-105.
- _____, "El yaqui y el mayo como lenguas históricas", en *Noroeste de México*, núm. 10, 1991, 79-84.
- Molina Landeros, Rosío del Carmen, "Discurso gramatical misionero: cuatro artes jesuitas del noroeste (s. XVII-XVIII)", tesis de maestría, Guadalajara, Departamento de Estudios en Lenguas Indígenas-Universidad de Guadalajara, 2004.
- Ortega, José de, *Confessionario manual en lengua cora*, México, Con licencia por los Herederos de la Viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, en el Puente de Palacio, 1732.
- _____, *Oraciones, confesionario, arte y vocabulario de la lengua cora*, México, 1729.



- _____, *Vocabulario en lengua castellana y cora*, México, con licencia por los Herederos de la Viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, en el Puente de Palacio, 1732.
- Pennington, Campbell W. (ed.), *Arte y vocabulario de la lengua dohema, heve o eudeva*, anónimo del siglo XVII, México, UNAM, 1981.
- Reff, Daniel T., *Disease, Depopulation and Cultural Change in Northwestern New Spain 1518-1764*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1991.
- Rinaldini, Benito, *Arte de la lengua tepeguana con vocabulario, confesionario y cathecismo...*, México, Vda. De Joseph Bernardo de Hogal, México, 1743.
- Zubillaga, Félix, "Las lenguas indígenas de Nueva España en la actividad jesuita del siglo XVI", en *Montalbán, Revista de la Universidad Católica Andrés Bello*, Caracas, núm. 3, 1974, pp. 105-155.

Y el yelmo de Mambrino se hallaba en la Nueva España

Julio César Morán Álvarez*

Irreverencia es la palabra que inmediatamente asaltó mi conciencia una vez que intenté iniciar la aventura de relacionar la conquista de las Indias, entre ellas una de sus joyas más preciada, la Nueva España, con la obra monumental que algún tiempo después escribió don Miguel de Cervantes Saavedra.

Hacia ya muchos años que su lectura, bañada con el elixir de la vida de su entrañable caballero don Quijote de la Mancha, se había convertido en el ideal humano que, como modelo, mi padre me enseñó a venerar. La necesidad de sumergirme entre sus páginas, entre sus locuras y razones, cuando el desencanto y la flaqueza de la realidad mundana arruinaban mis ensueños, me permitieron seguir confiando en la utopía que vencería al fin los intereses nada caballerescos de nuestros siglos y de la historia humana.

Irreverencia he dicho, irreverente me siento al hablar sobre un personaje que, perdonen el desatino, ha sobrepasado, desde mi propio entender, a su autor, y que ha alcanzado en muchos de nosotros a vivir independiente de él. Irreverente me siento al tratar de opinar sobre lo que sesudos ensayos y eruditos trabajos, de los más insignes autores y famosos tratadistas han hablado. ¿Quién no se empequeñece cuando en el catálogo de verdaderos monstruos de la literatura, de la filosofía, de la historia, del arte, en todos sus menesteres, se hallan centenares de obras que han intentado captar, enseñar, explicar, comprender y hasta endiosar al *Caballero de la Triste Figura*? ¿Quién no se achica ante el altar compuesto por los Saint Hillary (véanse Menéndez, 1952; De Riquer, 1971; Alarcón, 2002), Lord Byron, Gautier, Hegel, Lockhart, Schelling, Víctor Hugo, Gubernatis, Lacroix, Turgenev, Heine, Menéndez Pelayo, Valera, Azorín, Américo Castro, Dámaso Alonso, Riquer, Menéndez Pidal, Reyes, Unamuno? ¿Para qué seguir? La lista se volvería una nómina de la inteligencia, pues, como dice Juan Alarcón: “Pocos estudiosos han resistido la tentación de echar su cuarto de espadas en torno a Cervantes y a su obra” (Alarcón, 2002: 10).

Quede como ejemplo que en pocas naciones de los cinco continentes se han olvidado de traducir y editar esta obra. Recuerdo aún la visita que realicé a la casa de uno de estos cervantistas, locamente enamorado del Quijote, don Manuel Alcalá, embajador por aquel entonces de México en Finlandia. Humanista e intelectual mexicano, de los muchos a los que falta una mayor justipreciación. Me invitó a pasar a su biblioteca, lugar de retiro y meditación, dedicada especialmente a don Quijote de la Mancha. Arte y libros, estudios y ediciones, consagrados todos ellos a la obra inmortal cervantina. Había Quijotes de todos colores, tantos como razas

* Facultad de Estudios Superiores, Acatlán, UNAM.